

OPINIÓN / CRISTINA MONGE

Retrotopía

La ciencia ficción más reciente, el cine futurista más provocador y los videojuegos que más pasiones despiertan en los adolescentes tienen muchas cosas en común. Entre otras, la proyección de un futuro distópico entre escenarios tenebrosos.

En lo que se considera uno de sus testamentos, Bauman habla de *Retrotopía*. Con esta idea el filósofo describe ese anhelo de buscar la utopía en un pasado idealizado, una vez que el futuro ha dejado de ser el lugar de esperanza en que se materializarán los mejores ideales y los más felices sueños, para convertirse en un espacio tenebroso plagado de amenazas y dominado por el miedo.

Hoy vemos cómo las derechas nos remiten a la búsqueda de ese pasado idealizado donde el poder era sólido, unificado y centralizado, la vida discurría alrededor de una familia que hoy algunos llaman "natural" y se vivía con unas reglas del juego claras. El presente y el futuro eran predecibles. Una España en blanco y negro, sí, pero no había duda de qué era blanco y qué era negro, responden.

El mundo de hoy es todo lo contrario. La gestión de la crisis económica nos ha dejado un panorama de mayor y creciente desigualdad que se irá agudizando por el crecimiento de brechas múltiples relacionadas con el acceso al conocimiento, la capacidad para surfear la revolución tecnol

lógica, la movilidad tanto geográfica como social, etc. Mientras, el Estado se bate en retirada y ya no ejerce de cielo protector.

A este sentimiento de incertidumbre y temor es al que se dirige la derecha y para conjugarlo aplica la idea de retrotopía. Ante el avance del independentismo en Cataluña y de apuestas federalistas, proponen más recentralización. Se olvidan así de los avances que el Estado de las autonomías ha traído estos cuarenta años, de que ellos han sido parte de ese éxito, y de que en un mundo con el poder cada vez más atomizado la única forma de ejercerlo es compartiéndolo; eso que se llama gobernanza multinivel.

Ocurre algo parecido en el ámbito de

lo privado. Ante formas de convivencia más plurales, Vox de forma explícita y el Partido Popular a través de su visión sobre el aborto o su posicionamiento sobre propuestas del movimiento feminista, nos retrotraen a ese espacio de protección que era la "familia natural" compuesta por un matrimonio heterosexual y dos o más descendientes. El problema ya no es sólo que la familia no pueda conjugar por sí sola los riesgos actuales. Es que, además, ese modelo de familia está en vías de extinción. Casi la mitad de los bebés que nacen en España lo hacen fuera del matrimonio, y las formas que puede adoptar la familia se multiplican alejándose de esa idea de uniformidad.

El miedo es humano y el panorama que tenemos ante nosotros se encarga de agrandarlo. Para conjugarlo hay que buscar fórmulas de protección y solidaridad que además de parecer eficaces, lo sean. Lo contrario son brindis al sol y falsas promesas de seguridad.



En primer término, Joaquín Contreras y Ana Jiménez con otros activistas contra el muro del AVE, junto a las obras. / PEDRO MARTÍNEZ

LA ESPAÑA QUE VOTA

JUANA VIÚDEZ. Murcia
Al final del verano de 2017, Ana Jiménez descubrió que se había convertido en una activista. "Venía de la casa de la playa y me dijeron que ya habían empezado las obras del AVE, que nos iban a poner un muro. Me fui a las vías sin deshacer la maleta", revive, energética, desde el sofá de su casa, en el barrio del Carmen de Murcia, el que tiene la estación de tren y el mayor porcentaje de población extranjera. Ana, de 82 años, es todo un símbolo de la Plataforma Pro Soterramiento del tren de Murcia. La llaman *la abuela de las vías*. "Cogi mi silleta, me colé por un hueco entre los policías y me planté delante de la máquina. Entonces les dije: 'si seguís, me sacáis con los pies por delante', rememora apretando los puños. "La vieja fue como una china en el zapato", sentencia.

Ana aborda con humor y determinación una lucha que los vecinos de Murcia se toman muy en serio: que el tren de alta velocidad llegue a su ciudad por debajo de la tierra y se deje de marginar a los barrios del sur de la ciudad. En los últimos tres años, esta reivindicación ("El tren por abajo,

yo por arriba") ha logrado, con muchas dificultades, hacerse oír en el resto de España. Hasta ese momento, el problema más conocido de la región era la falta de agua para sus cultivos, unas protestas que el PP capitalizó con su "agua para todos". Pero esta reivindicación ha sido diferente. Nació de los barrios hace 30 años y quienes han tirado del carro en el tramo final han sido vecinos ahora jubilados, como los que salieron a la calle el año pasado para reclamar pensiones dignas.

Un colectivo de vecinos lleva 576 días de protestas reclamando que el AVE llegue bajo tierra

Lucha sin tregua para que el tren no divida Murcia

La protesta por las vías nació hace 30 años y está liderada por jubilados

Ana, de 82 años, se plantó delante de las máquinas y retó a que la desalojaran

Llevaron 576 noches de protestas continuadas en el paso a nivel de Santiago el Mayor, donde se iban a empezar las obras del AVE. "Nos íbamos a quedar igual que en Valladolid, donde la alta velocidad llegó en superficie, de forma temporal y así siguen", argumenta Pepe Esparcia, técnico de obra de la plataforma, de 70 años. Allí, el 5 de septiembre de 2017 comenzaron su resistencia. El 30 de septiembre, coincidiendo con la crisis catalana del 1-O, sacaron a la calle a 50.000 personas, según datos de la organización. Fue la protesta más multitudinaria de la ciudad desde la de la guerra de Irak de 2003.

Gracias a su pulso, que incluyó cortes de tráfico ferroviario, lograron que el Gobierno del PP comenzara a soterrar 1,1 kilómetros en el acceso del AVE desde Alicante —desde la Senda de Los Garres hasta Santiago el Mayor— y que el tren llegara a la estación bajo tierra. Desde junio, con la llegada de Pedro Sánchez al Gobierno, la policía no vigila sus protestas y están pendientes de la adjudicación de otros 3,3 kilómetros de soterramiento, entre Barriomar y la pedanía de Nonduermas, que

correspondería con la salida de la línea de alta velocidad a Almería.

Las obras están en marcha, pero el final sigue abierto. El presidente de la región, Fernando López Miras, aseguró en marzo que si el PP gana las generales traerán el AVE primero en superficie, como tenían previsto. En mes y medio pasarán por las urnas las tres Administraciones que costean los 600 millones de la infraestructura. Fomento aporta el 66%; la región murciana, el 26%; y el Ayuntamiento, otro 8%. Los activistas han bajado el ritmo, pero no quitan ojo de las vías.

Joaquín Contreras, portavoz del colectivo, recuerda cómo, tanto PP como PSOE, se pasaron durante años la pelota en función de si estaban en el Gobierno o en la oposición. Comenzaron en 1989. "Se hablaba de un nuevo Chamartín para Murcia", rememora Contreras, maestro jubilado de 74 años. Entonces ya veían cómo la ciudad crecía hacia el norte, pero las vías limitaban el desarrollo del sur, una zona "que antes era huerta" y en la que vive gente humilde. Así terminaron uniéndose seis asociaciones de vecinos.

La región ha estado gobernada desde 1995 por el PP y la queja por la "sumisión" de sus políticos "a las órdenes de Madrid" es una constante en las protestas. Casi un tercio de los 1,5 millones de habitantes que tiene la comunidad murciana vive en la capital.

Los hijos y nietos de aquella generación aportan otra dimensión. Tienen una banda de música, Los Viakings, que surgió de forma espontánea para amenazar las concentraciones, y que ha adaptado a su lucha éxitos como *Another brick in the wall* de Pink Floyd. Seis de los más de 20 músicos evocan los buenos recuerdos, pero también los malos tragos. "Ha sido una lucha dura. Nos han identificado, a algunos nos han multado", incide Laura Pampliega, de 46 años. Acumularon unos 46.000 euros en sanciones. "Hicimos colectas, subastábamos libros con las canciones", añade Fulgencio Serrano, de 53 años. El dispositivo policial costó 2,3 millones de euros, según datos de la delegación del Gobierno murciana. "Yo siempre sentía que perdíamos en todas las manifestaciones", remata José Joaquín Andreu, de 43 años. "Pero esta la estamos ganando", afirma.